

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 14º

Madrid Agosto de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.



PESCADORAS VIZCAINAS



LA ESFINGE o EL CAMINITO DEL CIELO

Quien hablaba era el comandante Recio; aquél guapo mozo que supo ganarse a puños todos los empleos desde alférez, en la guerra civil.

Cuantos hayan servido en el ejército del Norte se acordarán de él. Como que su historia parecía una leyenda.

Todos la escuchábamos con vivo interés en aquella pesadísima noche de cuartelada.

—Pues si, señores—nos decía—aquí donde ustedes me ven, he estado a punto de irme á la facción; de hacerme carlista, sí; y lo que es más grave, de cometer la mayor de las infamias: una traición, con todas las circunstancias gravantes.

—Les extraña á ustedes? Pues oigan y verán como yo, que entré en el ejército más que por necesidad de carrera ó por acciones militares, por odio y resentimiento personal hacia el carlismo y los carlistas; como yo, que me batía en el Norte, no sólo por cumplir mi deber, sino llevando á la lucha todas las energías de mi voluntad: el alma llena de rencor contra los verdugos de mi familia, y ardiente la fe de mis sentimientos liberales; como yo, que no era una cosa, sino uno de los pocos, casi sin ejemplar entre tantos, llegué á verme, gracias á un círculo especial de circunstancias, á dos pasos del abismo, próximo ya á quiebrar todos mis juramentos, desde el que presté á las banderas hasta el pronunciado por la honrada memoria de mis padres.

Ya pueden ustedes figurarse que tal peligro lo corrí por una mujer. Sí, por una mujer; no podía ser otra la tentación.

En una de las varias operaciones que realizó el ejército allá por el año 1875, hubo de permanecer mi compañía destacada con otra del batallón, durante más de dos meses, en uno de los pueblos que constituyan nuestras líneas avanzadas sobre el Arga y el Carrascal hasta Pamplona. Yo, como capitán más antiguo, mandaba toda la fuerza.

Al llegar me alojaron en una de las mejores casas; de gente señoril y labrador á la vez, y cuyo jefe, caso rarísimo, era de opiniones liberales, tanto, que por ellas había sufrido recia persecución y pocos daños de los carlistas, viéndose obligado á refugiarse en Logroño hasta que el avance de nuestras tropas y la ocupación definitiva de aquella parte del territorio navarro, le permitieron volver á donde tenía sus haciendas.

Allí la conocí; á ella, á la beroina de mi historia. Como que era la hija segunda del señor de Ituberdi, mi patrón. Hermosa, hermosísima, alta, esbelta, de pelo muy oscuro y ojos más negros aún, siempre ocultos por los párpados, no con magisterio, si no cuál si fueran de mirar á los objetos por no haber ninguno, nada ni nada digno de ser mirado.

Este daba á su rostro pálido singular expresión, á la vez serena y dolorosa... «La esfinge de los ojos bajos» la puso por mote un teniente medio poeta y artista diciéndonos como y de qué manera parecía la joven á las estingas que inmóviles entre las arenas egipcias vieran pasar en serie perdurable los siglos y las generaciones.

Vestía hábito del Carmen, muy sencilllo, cuya tela, ajustándose al gallardo cuerpo, dibujara esplendideces apetitosas no cubrir las continuas espesas toquillas de estambre, también oscura. Hablaba poquísimo, y sin hair de la sociedad, parecía estar de novia en ella. Y en todo esto adivinábame al punto la existencia de algún gran dolor, confundiéndolo el ligerísimo pero perpetuo pliegue de sus labios.

Sus padres y los demás hermanos la demostraban á la vez cariño y respeto, regla cual se nota en la casa, y sin embargo veíase bien cómo procuraba desmistar que no tenía voluntad propia.

Todos eran liberales en aquella familia; todos, menos ella. Pero jamás en las conversaciones que sosteníamos dió á conocer esto.

Cuando alguna frase nuestra hería sus sentimientos políticos-religiosos, levantábase como si tuviese algo que hacer en otro lugar y se marchaba. Algunas que oíra vez su padre, con sonrisa a la par dulce y resigñada, nos decía como queriendo dar bruma á la joven y al mismo tiempo explicárnoslo todo:

—Esta, ésta es la curiosa de la casa. ¿Qué les parece a ustedes mi hijita? Se educó entre monjas... y claro...

Alzaba ella entonces la vista, clavándola en mí, no con rescor ni ressentimiento, sino cariñosamente: sonreíanos, murmurando:

—¿Qué ocurrencias tiene mi papá?

Y volvía á continuar inalterable su labor.

Porque eso sí, si un solo instante, a excepción de los días de fiesta, la vi desocupada.

El misterio se aclaró pronto. Por las otras muchachas del pueblo lo supimos: ¿qué había de ser sino una historia de amor? Un noviazgo interrumpido por las discor-

dias civiles, en aquel país tan encarnadas. Primerlo el odio de las dos familias entre sí; luego la saya, que ha de refugiarse en la Rioja y la de él que se va a Estella, llevándose dos ó tres jóvenes entusiastas voluntarios á Carlos VII.

Y una bala liberal que en Montejarra atravesó el corazón de cierto buen mozo. Nada, un sencillo episodio de la guerra; historia muy simple y natural para contada, profunda por demás y dolorosa para sentida.

Me enamoré como un cadete, y lo que es peor, como un cadete... casado. Porque ya lo estaba yo... y no lejos de allí vivía mi mujer, en Tudela, con sus padres. Pero el hombre es débil, y más en campaña, y pequeño, si, señores, porque sin poder remediar, bajo la influencia de tan extraordinaria mujer... siempre ante mis ojos, con su hermosura tanto más provocativa cuanto más reservada. Me tenía completamente fascinado.

Paro ni por pienso se me hubiera ocurrido decir una palabra nunca. Y no por virtud, sino porque sabía de cierto lo que me esperaba.

No oculto mi estado á su familia; con frecuencia hablábamos de mi mujer y de mis hijos... En fin, que hay cosas que no pueden ser, y aquello era una. Además, tan reciente la herida, vivo, vivísimo el amor malogrado en las laderas del Montejarra... Vamos, que era locura pensar en ella.

De sobre mesa, una noche, después de cenar, todos en animada conversación, ella un poco separada de los presentes, más en espíritu que de cuerpo, y, como siempre, sin levantar la vista de su labor, nos dedicábamos á comentar los sucesos del día, sobre todo aquel tiroteo sostenido por mi gente contra unos cuatros carlistas que se atrevieron á cruzar el río acercándose á las tiendas aspilladas que constituyan la fortificación del pueblo. Mas a bien que su merecido se llevaron; de seguro que á aquellas horas no habían parado aún de correr.

Todos menos el que se hubo de quedar allí herido de gravedad. Y el que sin duda escapó más ligero fué aquel otro cuya boina recogimos en el suelo; una boina de oficial, blanca, con borla de oro y su chaqueta correspondiente. Allí la tenía yo, enseñándosela á todos cual trofeo conquistado. Hasta que entre risas y bromas y dicharachos (que la guerra endurece el corazón hasta de la más espiritual señorita) se me ocurrió nombrármela.

Mercedes, que tal era su nombre, no tomaba parte en la conversación. Más pálida que nunca, parecía absorta en su trabajo. Verdaderamente, había algo de crueldad en nosotros al hablar de aquellas cosas delante de ella... No obstante, cuando me puse la boina levantó la vista y se me quedó mirando fijamente.

—¿Qué tal te parezco á usted, Mercedes? —le dije en tono festivo.

—Que está usted muy guapo así—me contestó con firmeza y sin asomo de burlas en su acento, mientras clavaba en mí los ojos con expresión tan singular, que sentí como un escalofrío y maquinamiento me quitó la prenda por mi aburroada cuando por ella venida.

Desde entonces la vida fue para mí un infierno. No hulan ya sus ojos mis miradas; no, que siempre en los míos venían á clavarse sus negras y centelleantes pupilas y con frecuencia sentía la proximidad de ella por el ligerísimo roce de su cuerpo, por el ericrigir de su falda. Era aquello una obsesión. ¿Me querían? Imposible! Pero á todas horas cerca de mí; siempre acudiendo á donde yo estaba y más de una vez, favorecidas o estimuladas por el calor (estábamos en julio) ligeras indiscreciones en el vestir, licitas y propias de la vida en co-

mún; pero tentación irresistible para mis sentidos.

Y ella conocía mi estado, ya lo he dicho, pues muchas veces habló con su familia de mi mujer, de mis hijos, de todas mis circunstancias.

Llegó un instante en que perdí la cabeza y le declaré mi amor: lo, o, frenético, sin palabras, más con atrevimientos de vilano que con frases de galán. La soledad, la ocasión me favorecían; ella, de pie ante mí, sujetas entre las manos sus manos, me encendiña sin que se alterase la palidez de su rostro, pero fija en mis ojos su mirada, más intensa, más brillante que nunca, con relampagos no sé si de amor ó de desprecio.

En un respiro se desprendió de mí, y abriendo su cuarto sacó de allí un objeto, cuya forma no pude distinguir. Con él en el mano acercóse otra vez; vistió el calor de su cuerpo junto al mío, su tacto entre mis brazos.

Y los soyos rodearon mi cuello, haciendo aproximar la cabeza á su poderoso busto y algo vino á ceñirmela oprimiéndome las sienes. ¿Qué era? No quise pensarlo y la dejé hacer.

Había ido resbalando hasta casi desear caer sentada sobre mis rodillas; voluptuosa languidez iba apoderándose de estos sentidos; más deteniéndose ella de pronto en esta caída de pasión ó de lo que fuera, apoyó las manos en mis hombros, echó atrás la cabeza y sus ojos húmedos, fascinadores, claváronse en mis ojos.

—Así, así te quiero; solo así—me dijo á media voz.

Y yo, sin voluntad ya, sin alientos más que para embriagarme de amor, fui a sellar... y sellé apasionadamente en sus labios aquel pacto infame.

—Así, así te quiero—parecían repetir los suyos al besarme.

Un raido oportuno, muy oportuno, la hizo separarse de mí y aun salir de la estancia. Quedé solo, de pie y frente a un espejo, en el que pude verme.

No, aquél no era yo; aquél vestido de uniforme y con boina blanca en la cabeza, era un carlista. Es decir... un desertor... Parecióme que un circo de fuego me abrasaba las sienes y arrojó con rabia al suelo aquel que para mí

sorprendernos, debían venir dos batallones navarros, y yo... ¡Oh! jamás!

Y eso fué lo que me decidió. Podía yo ditarlo todo por ella: mi venganza personal, mis juramentos, mis convicciones políticas... todo esto, para solo, yo solo, Martín Recio, un facioso más al fin y

una chipa desprendida del espíritu divino.

Mira tú, si, siendo así,

esterna será mi fe,

mira si olvidar pedré

el amor que pose en tí;

que en un río escondido,

imposible de agarrar

con toda el agua del mar

que vi á nuestros pies tendido.

Pues cuando en verlo me espoleo

y mi alma á la tuya pasa,

no sé cómo no te abra

la llama de mi deseo.

ni cómo tu alma y la mía

no se unen como dos gotas

en el mar; como dos notas

en una sola armonía.

—Te acuerdas... Al preguntar

si te amaba mucho á tí,

—Es mi amor—te respondí

infinito como esa mar.

Y al volver á los andares

á preguntar por mi fe,

—Es mi amor—te replicó

infinito como el cielo.

Alia en los caletos tulipas

las estrellas paracian,

sobre la arena gemian

del mar las ondas azules.

Y la luna, allá á lo lejos,

azotando entre las brumas,

argentaba las espumas

con mortales rotejos.

En vueltas en rayos rojos

del fuego en que se quemaban,

anestras almas se miraban

asomadas á los ojos.

¡Qué daba morir así...

Deja que el recuerdo guarda...

Yo no olvidé aquella tarde...

ni te olví de nunca á mí.

JOSÉ DE VELILLA.

EL SIGLO XIX

Tal era el título del periódico de Madrid, que en cierta mañana de diciembre publicaba en su sección de «Sucedidos» las siguientes noticias sueltas:

«Ayer, a las cinco de la tar. e., y cuando más concurrido se hallaba el paseo de la Castellana, dos caballeros, pertenecientes á la más alta sociedad, se dieron de bastonazos, promoviendo algún escándalo. Relacionábase el suceso con las veleidades de una hermosa bailarina del teatro Real. Amigos de ambos contendientes intervinieron ya en el asunto, y es de esperar que la cuestión concluya en el terreno que el honor y la caballeridad exigen.»

«A la misma hora proximamente, y en una de las tabernas de la calle de Segovia, tuvieron un fuerte altercado dos arbaniles, llamados Sebastián Regidor y Anteocio Yanguas *el Rossi*. El motivo de la disputa fué, según no dijeron en el lugar de la ocurrencia, la certidumbre que el primero adquirió de que el Yanguas había deshonrado la noche anterior a una hija suya, hermosa joven de quince años, valiéndose para ello de una indigna estrategia.

«Entre el tabernero y varios parroquianos lograron separar á los que ya habían sacado á relucir las navajas, y se disponían furiosos á destrozarse.»

Al día siguiente, y en el mismo periódico, aparecían las líneas que copiamos á continuación:



UN APUNTE POR M. PICOLLO.

en tal momento y situación era señal y distintivo de la más vergonzosa villa. Todo el horror de ésta apareció á mi vista con su terrible realidad.

—Así, así tequiero; es decir así et; así TODO—repetía el eco en tono raro; así, con la boina, carlista, deserto, apóstata de tus ideas políticas, traidor al juramento prestado á tus banderas, así te querré. Mi amor, que tanto codicias; mi cuerpo... que te enloquece; en una palabra, yo, la espinha, como me decías, con mi alma dolorida por el que nació, con mi castidad inmaculada, soy el premio de tu acción. Mi sacrificio lleva un brazo vigoroso á la causa de Dios y del rey. Y qué guapo estás así. Anda, grita conmigo: «Viva...»

No, no, imposible; aquellas palabras que ella no me había dicho sino con los ojos y al unirse nuestros labios en beso carnal y sensualísimo, y que yo sentía resonar dentro de mi cerebro; no, no podrían tener fuerza suficiente para arrastrarme, para seducirme. Era, pues, preciso luchar con ella, consigo mismo, con todos los demonios del infierno si la ayudaban.

La lucha, sin embargo, no hubo de terminar así, que siguió muy dura para mi corazón y mis sentidos. Quise mudar de alojamiento, huir de ella, y una fuerza superior á la de mi voluntad me retuvo á su lado. Prometí de dicha infame lealtad de continuo en sus ojos; el amor á su causa, á la causa de sus amores, daba á la esfinge reflejos de bacante. Y yo, enmedio de todo, la admiraba. No era criminal aquella mujer. Judit de nueva especie, pronta a sacrificarlo todo por la causa de Dios, de la patria, del rey.... y de su amor y su venganza.... Había algo de sublime en esa combinación absurdísima del cielo y del infierno para arrojarme á ésta tal vez con propósitos de hacerme ganar aquél.

Por fin conocí todo el peligro. No era solo mi deserción aislada lo que se pretendía, sino más, mucho más. Aquel pueblo era el objetivo de una operación proyectada por los carlistas; sobre él, a

CRIMEN EN LAS VISTILLAS



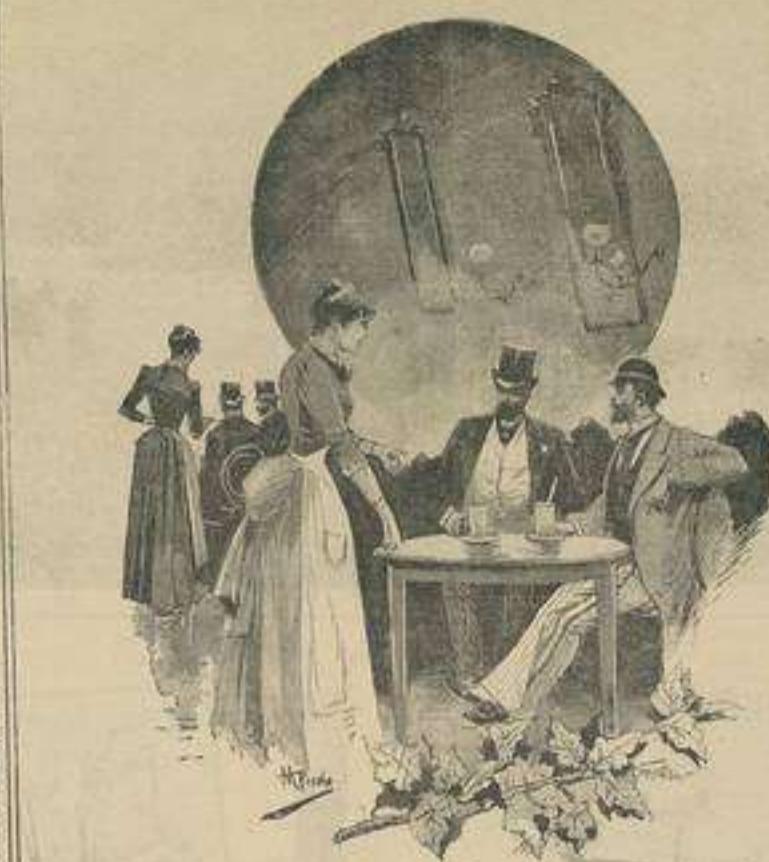
Cómo tenían cuantos presenciaron la disputa promovida ayer en una taberna de la calle de Segovia, y entrados albañiles llamados Regino y Yanguas, respectivamente, a causa de haber deshonrado este último a una hija del primero, la cuestión no quedó terminada por la separación de los contendientes.

Citados ésto, en unión de cuatro amigos, en la meseta de las Vistillas, reanudaron el interrumpido lance a las cuatro de la madrugada, recibiendo en la lucha, que fue terrible, el apodado *Raso* un tremendo navajazo en el costado derecho, que le dejó sin vida tres horas después. Como era natural, tratándose de un desafío, la Iglesia no pudo prestar sus auxilios a los últimos momentos del desgraciado albañil.

El agresor se entregó voluntariamente a los guardias de Orden público, ingresando en la Cárcel Modelo. Aunque sabe que le aguarda el presidio, se muestra satisfecho y tranquilo por haber vengado el ultraje inferido a su hija.

Hasta cuándo, señor gobernador civil, tendremos que registrar hechos de esta naturaleza?...
[igualdad]

Se nos olvidaba añadir que *El Siglo XIX* era un periódico que ostentaba debajo de su título el lema de «Libertad, igualdad, fraternidad...»
[igualdad]



Un apunte por M. PICOL.

que el rayo de justicia ha detenido!
¡Eres acierto la oración ferviente
que al firmamento sube
de enamorada virgin inocente!
¡Eres la cabellera resplandiente
que flota entre las alas de un querubín?
¡O eres, di, la mirada de ternura
que con amor profundo
desde el cielo, morada de vestura,
us angel puro compasivo viene
sobre el dormido mundo,
triste mansión del llanto y de la muerte?
En ti al fijar mis ojos,
la tierra olvidó que mi planta huella,
fecunda solo en duros abrojos.
Ay, si dejando el valle de la vida
en que angustiada gimo y se quejolla,
dónde no encuentra ni placer ni calma,
de tu luz en tu rayo convertida
a ti podiera remontarse el alma!

MERCEDES DE VELILLA Y RODRÍGUEZ.



JUVE ME ECHEN A MI POLLITOS!

LA MUJER Y LA GOTTA DE ROCIO

(IMITACION DE VICTOR HUGO)

Es la mujer la gata de rocio
que, abandonando de la noche el velo,
os blanca perla en el ramajo umbrío;
fango tan solo, si resbala al suelo.

Una gota entre la lux inestoria
de la aurora al nacer en oriente dore,
para evitar que en fango se convierta
basta un rayo de sol que la evapore.

Si la mujer, ante funesto ejemplo,
proxima está del vicio a la honda soga,
para volver de la virtud al templo
hasta un rayo de amor que la redima.

ARISTIDES SÁENZ DE URRACA.



A UNA ESTRELLA

¡Por qué cuando te miro
lucir radiante en el anel del cielo,
inextinguible anhelo
arranca al corazón hondo suspiro!
Hermosa cual si quisiera,
más vivo resplandor en rayo lanza,
¡Eres hija del sol y de la luna!
El astro de la dicha y la fortuna
que algún mortal sobre la tierra alcanza!
Esa luz brilladora
que está mi frente iluminando ahora,
esa luz celestial de la esperanza?
¡Es el dulce perdón que Dios envía
al pecador que llena arrepentido!
Márgima de los ojos de María!

LA PAJA Y LA VIGA

(CUENTO DE SACRISTÍA)

Todo era regocijo y alborozo en el convento de carmelitas descalzas de C., gobernado en aquel entonces por una madre superiora todavía joven, pues no había pasado el estrecho de los censos, y bastante leveda, como que procedía de muy llovido solar castellano.

La campana acababa de anunciar la hora de la recreación, y la comunidad, compuesta de unas veintisiete a treinta monjas, se reunía en la huerta alrededor de la madre, que sentada en un taburete, apenas podía contener a su grey, sobre todo a las jóvenes, cuya algaraza y ruidosas demostraciones de alegría no llevaban trazas de cesar.

—Ya están ahí! Por último las venimos!

—Ahora sí que vamos a pasar buenas ratas oyéndoles contar historias y costumbres de aquellas tierras...

—Y a oír en el claustro música nueva de por allá, porque dos de las mejoras tocán mucho y bueno.

—Y a saber cómo se observa en religia en aquellos países...

—Cállate de una vez, locas de mis pecados! —gritó la superiora.—Tú, Petra, eres una reñidora incorregible, que me alborotás a las demás, y tú, Luisa, que nunca has roto un plato, ¡qué vergüenza te ha entrado con esto de las mejoras?

—Madre, es que nos dice sor Antonia: Veréis unas mujeres extraordinarias, como no las hay por aquí... Eso es mucho, ¡vaya!

—Y la maestra, que tuvo un tío indiano, dice que...

—Pues yo digo que calléis! Ó pasara la recreación sin haber podido leer esta carta del padre—repuso, mirando complacida a las alborotadoras.

Y por San Juan de la Cruz que había motivos para verías con buenos ojos. Ya hubiera dado cualquier cosa un pintor de género, si entonces los hubiera, por

la superiora les comunicó sin reservas la fausta noticia.

El padre capellán era sobrio en su respetuosa epístola. Decía que, vencidas todas las dificultades, y después de una travesía con tiempo bonanciente, se hablaba en Cádiz con las cuatro religiosas descansado para emprender en breve el viaje a C. por las galeras aceleradas, que a lo más tardarían tres semanas de Cádiz a la corte, donde esperarían los vehículos que enviaría la comunidad.

Añadía que la salud de los cinco era cabal y que traían objetos preciosísimos de gran valor que alegrarían mucho a las buenas madres. Los detalles quedaban para referirlos en el locutorio.

Que más al mejor podía esperarse!

Dos días anteriores no pensó nadie más que en los preparativos de la recepción, que debía ser solemnisima, y en disponer todo a fin de que las viajeras no echaran de menos su lujoso convento mejicano. Al aspirar la última semana de las tres que anunciable el padre capellán, la expectación era mayor en C. que en Judea cumplidas ya las setenta que había predicho el profeta Daniel...

Llegó el momento. De un coche cerrado de camino se apearon, muy tapadas, las cuatro americanas, y de otro, además del capellán segundo, el padre provincial y el párroco del pueblo, que había ido a Madrid a recibir a nuestros personajes. Abriose de par en par la puerta rejada ante un concurso grandísimo de curiosos, y las monjas fueron recibidas por la comunidad, que las aguardaba formada en dos filas, con la priora a la cabeza, mientras repicaban las campanas del convento, armonizando con las de la parroquia.

Dos horas después se abría el locutorio para la solemne presentación al clero, autoridades y personas principales de la villa, previamente invitadas.

Era el locutorio una estancia bastante grande y de aspecto severo. Cuadros en las partes blancueadas; sillones antiguos de nogal, con asientos y respaldos de cuero claveteados; largas mesas con pies torneados como columnas salomónicas, anidos los traveseños por bacetas de hierro labrado. Sobre limpios mantellos descolgaban las enormes bandajas de antigua plata cincelada, llenas de los magníficos emparedados, suspirros, hojaldres, bollos de manteca y dulces, que constituyan la especialidad de la casa. Las fuentes de natillas espolveadas con canela, que formaba con dibujos el escudo de la orden, y las copas de cristal tallado, llenas de exquisitas conservas, alternaban con las botellas del blanco de Yepes, color de topacio, y del rojo Carriena.

La sala estaba llena de gente, colocada ante las mesas, dispuestas de manera que todos dieran la cara a la gran reja que, ocupando casi totalmente el testero principal, separaba de los visitantes a la comunidad, colocada en semicírculo, rodeando a las protagonistas y a la priora, sentada junto a ellas en primer término. Al pie de la reja, por la parte de afuera y en sendas poltronas, estaban, ante una mesa de preferencia, los padres graves, el cura y las autoridades.

No defraudaron las americanas cuantas esperanzas habían despertado. Eran, sobre todo las dos hermanas, lo que se llama unas buenas mozas de porte aristocrático, elegantes cuanto puede serlo una monja, morenas, con ojos negros y rostros ovalados; su conversación, discreta y naturalmente graciosas e insinuante, con aquellos dejos de su país, que daban nuevo y allí desconocido encanto a sus palabras.

Hicieron, pues, a maravilla los honores de aquella fiesta, en que se discreto mucho y con grande algaraza; hubo sus cuentos a propósito de la relación del viaje, breve y sencillamente hecha por una de las heroínas; se cambiaron observaciones y líneas después de las presentaciones y ofrecimientos de ritual entre los circunstantes y las recién venidas, y por fin, al cabo de una hora el locutorio se fué despejando, hasta quedar solamente los sacerdotes más íntimos de la casa.

Entonces sucedió algo que las monjas más traviesas y vivas de imaginación no habían podido sospechar siquiera. La mejicana que parecía de más edad y prestigio entre las cuatro, sacó de entre el escapulario un objeto allí exótico, la más linda tabaquera de plata cincelada y sobredecorada; la abrió, en medio de la estupefacción de toda la comunidad, y sacando varios cigarros puros, no muy pequeños, los dió por entre los hierros de la reja al provincial y a los otros padres.

Nuevo movimiento de asombro entre las monjas al ver que ellos, sin el menor reparo, aceptaban el regalo y que la americana lo hacía extensivo a sus tres compañeras! Encendía yesca con un precioso estabilo y los daban fuego, accionando por encender clavos a su cigarro y fumar con delicia, mueblemente recostada con los ademanes del más refinado y noble sibarita, mudándose hasta la medida de los huesos.

Lo que allí pasó no se puede describir. Miradas furtivas y picareñas entre las jóvenes, gestos de escándalo y extrañeza en las viejas; exclamaciones, frases entre cortadas, sonrisas, alguna pregunta caprichosa, que se volvió. Pero el padre capellán puso al corriente a las religiosas sobre las costumbres americanas; les aseguró que allí las monjas tienen permiso para fumar, y por el pronto quedaron así las cosas: no era oportuno aguar tan deseada fiesta.

Quince días habrían apenas transcurrido, cuando el padre provincial fué invitado a una conferencia secreta con la priora y la vicaria, y mientras la misma mayor, para que nadie se enterara.

Así que ambas vieron al religioso:

—Esto no puede seguir así—exclamó

ron.—El cigarro maldito de esas mujeres, nos tiene locas. Todo huele a tabaco. Las condenadas fuman en su celda, en la recreación, al terminar las comidas, en los claustros al salir de coro, siempre y en todas partes, padre, *siempre el tabaco*. A lo mejor, al ver a una de ellas pasearse fumando, parece que no es una monja, sino un fraile, y que hay hombres y mujeres dentro de esta santa casa... ¡Es horrible!

Mientras hablaban con tanto calor, llegaba allí perfectamente, desde el norte lejano altar, la voz del diácono que cantaba el Evangelio del día, y de él estas palabras: «Ves la paja en el ojo de tu prójimo y no ves una viga en el tuyos, y acaso por esto dijo el provincial:

—Pero no son buenas, según decis, y observantes, amables, finas, generosas, ni modestas...

—Lo soy como nadie; pero la comunidad se ha dividido: hay quien lo toma a gracia y quien abominia eso del cigarro, hasta el punto de pensar en variar de convento por no verlo. Deseo, pues, que usted las convenga, y si no, que las prohiba fumar.

Veremos, veremos—salía diciendo el buen padre.

Y por la tarde, mientras visperas lluviosas a las miticas fumadoras a capitulo reservado, en que trataban de persuadirlas de cesar, pero la mayor de ellas le dijo con gran calma:

—Era eso todo! ¿Qué es decir que el tabaco es pecaminoso, que su uso constituye un vicio, que todo vicio a la postre es un mal y todo mal debe ser eliminado?

—Exactamente; veo que piensas bien y entiendes mejor, hija mía.

—Pues bien, dispuestas estamos a no fumar; pero padre de mi alma, vicio por vicio, tabaco por tabaco—prosiguió, recalcando las palabras, —tan malo será por la boca y quemado, como por las narices y en polvo. Cuando las quince monjas que toman rápidamente ese vicio, nosotras no fumaremos en nuestra vida.

—Pues yo creo, hijas queridas, que fumareis por secreto oculto. Tened razones, lo dire a las madres y... veremos, veremos...—añadió, conteniendo la risa, que lo abogaba.

Y cuando el reverendo vió que las madres, tras largas deliberaciones, transigieron muy a gusto con el humo por dejar el rape, dijo para su corona: «Oh miserias y pasiones humanas! Ningún terreno respetable, ni el santo retiro del claustral, y... en todas partes sois las mismas.

EL DEVOTO PARLANTE.



UN APUNTE A LÁPIZ POR VASCINO.

CANTARES

Con el agua de los cielos
brotan flores en la tierra,
con el llanto de mis ojos
solo florece la pena.

De la vida en el camino
nuestras dos almas se pierden,
y aunque hablan largo rato
entenderse no pudieron.

De tu alma la condición
está mostrando tus ojos:
vivos destellos por fuera,
todo negro en el fondo.

M. SERRANO DE ITURRIAGA.



NOTA AL PÚBLICO

El presente número, como todos los demás que publicamos cada quince días, con páginas en cromotipia, tendrá por precio para el público

15 CÉNTIMOS

Los señores suscriptores de Madrid
a LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA po-
drán adquirirlo al precio de

10 CÉNTIMOS

bien por medio del repartidor ó en
esta Administración.



An antique advertisement for M. GARCIA Regenerador Vital BRIGMANT. The top half features a treble clef symbol followed by the text 'SI QUEREIS CURAR LA DEBILIDAD NERVIOSA Y ADQUIRIR EN POCO TIEMPO LA ENERGIA Y EL VIGOR DE LOS AÑOS DICHO-S DE LA JUVENTUD, HACER USO DEL Regenerador Vital BRIGMANT'. Below this, it says 'Pedirlo en todas las librerías o por correo al depósito central'. The central part of the ad contains a circular logo with 'M. GARCIA' around the perimeter and a stylized 'G' in the center. The bottom banner reads 'CAPELLANES 1 - MADRID'. The entire design is surrounded by decorative floral elements.

**SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA
DE BARCELONA.**

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ
Con escalas en Puerto-Rico y Progreso y combinación a puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.—Tres salidas mensuales—El 10 y 30 de Octubre, el 10 de Septiembre.

Línea de Filipinas
Con escalas en Port Said, Aden, Colombo y Singapur, servicio a Cebú y Zamboanga y Manilá y otra oriental de África, Bombay, Calcuta, Colombo, Malaca, Sidney, Batavia, Hong-Kong, Macao, Tsinan y Tientsin.—Salida cada cuatro semanas de Barcelona, con escalas en Corea, Vigo, Lisboa, Hamburgo, Cádiz, Cartagena, Valencia y Barcelona, de donde saldrá cada cuatro viernes a partir del 6 de enero de 1898.

Línea de Buenos-Aires
Con escalas en Santa Cruz de Tenerife y Montevideo.—Seis viajes anuales, partiendo de Marsella; con escalas en Barcelona, Málaga y Cádiz.

Línea de Fernando Poó
Con escalas en Las Palmas, puertos de la costa occidental de África y golfo de Guinea.—Cuatro viajes al año, partiendo de Marsella y una cada seis meses en Barcelona y Cádiz.

Servicios de África
Línea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona a Málaga.—Línea de Egipto, Casablanca y Marruecos.—Servicio de Tanger.—El vapor *Joséfa del Pintado* sale de Cádiz para Tanger, Argelias y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando a Cádiz los martes, jueves y sábados.

DOBLE ANIS - Konge
FÁBRICAS EN
SEVILLA Y ZARAGOZA
Fabrica y Comercio a Rafael Muñoz - Zaragoza

An ornate, sepia-toned illustration of a woman in a traditional Andalusian dress, including a white lace-trimmed blouse and a red patterned skirt. She is holding a cigarette in her right hand. To her right is a large, ornate box of tobacco. The box features the brand name 'La Competidora Gaditana' at the top, followed by 'FÁBRICA DE TABACOS'. Below this, it says 'HOJA DE LAS MEJORES VEGAS'. At the bottom of the box, there are labels for 'IBAJA', 'IBAJA', and 'LUSON'. In the foreground, the word 'MANILA' is written vertically in large, decorative letters.

A vintage label for "OLD BRANDY COGNAC". The label features a central bottle of brandy surrounded by a circular wreath of leaves. To the left, a man in a red coat and white cravat sits at a desk, holding a glass. Below the bottle, the text reads "JIMENEZ & RAMOTHE MALAGA".

SE VENDE
A
50 Géntimos
EN TODAS LAS LIBRERIAS.
DEPOSITO CENTRAL
Calle de la Villa 5 piso.

The image shows the front cover of an old magazine titled "El Suri General". The title is written in large, stylized red letters at the top. Below the title is a black and white illustration of a man in a military-style uniform, wearing a tall bicorne hat and holding a cane. He is pointing towards a large banner that spans most of the page. The banner contains the text "Para 1895" in large blue letters, with "ben" written above it. Below this, in large yellow letters, is the word "Santoral", with "en verso" written underneath it. At the bottom of the banner, the text "Año 23" is on the left and "50 cts" is on the right. To the left of the main cover, a portion of another book or magazine is visible, showing a green cover and a red label that reads "EL MEJOR MARTINICO".

A vintage poster for 'LOS TIROLESES' featuring a woman in traditional Tyrolean dress playing a harp while riding a horse. The poster includes text in Spanish and German.

An old advertisement for Clemente Sánchez's brewery. The top half features a woman in a red dress and a green shawl standing next to a barrel. The text reads: "FÁBRICA DE CERVEZAS Y BEBIDAS GASEOSAS DE LA VIAPES Gafte Valencia I. DESPACHO PUERTA DEL SOL N° 1 MADRID". Below this is a large red star containing the brand name "CLEMENTE SÁNCHEZ". To the left of the star, there is a list of beer types: "CERVEZAS: Alemana, Baviera, Fuerte, Doble". To the right, a list of soda types: "GASEOSAS: Limón, Naranja, Zarzaparrilla, Agua de Seltz". At the bottom, it says "EXPORTACIÓN A PROVINCIAS".

An illustration of a woman with dark hair styled up, wearing a light-colored blouse, holding a large white fan. She is positioned in front of several newspaper mastheads, including 'El Diario', 'La Prensa', 'El Tiempo', and 'El Popular'. The background is a warm-toned wall.

An illustration of a young girl with blonde hair, wearing a green dress with a black lace collar and a red bow in her hair. She is holding a red rose in her hands. The background features the text "LA INGLESA" at the top, "Confitería" on the right, and "ALCALÁ 27 TELÉFONO 800" on the left.

The image shows the front cover of a catalog for women's and children's fashion. The title 'MODAS PARA SEÑORAS Y NIÑOS.' is at the top in large, decorative letters. Below it, 'CORTE ESMERADO' is written. To the left, there is descriptive text: 'Especialidad en cuerpos difíciles, reformas y composturas'. Below that, 'Se venden patrones ECONOMÍA, buen gusto y prontitud.' The right side features a full-length illustration of a woman in a pink, flowing dress with a large bow at the waist, standing and looking towards the right.

An illustration of a clown in a red and white striped jester outfit, holding a flag. The flag has the word "JUGUETES" on it. Below the clown, the text reads "PRIMERA CASA J. MEDEL, 6. ALCALA, 8. MADRID."